

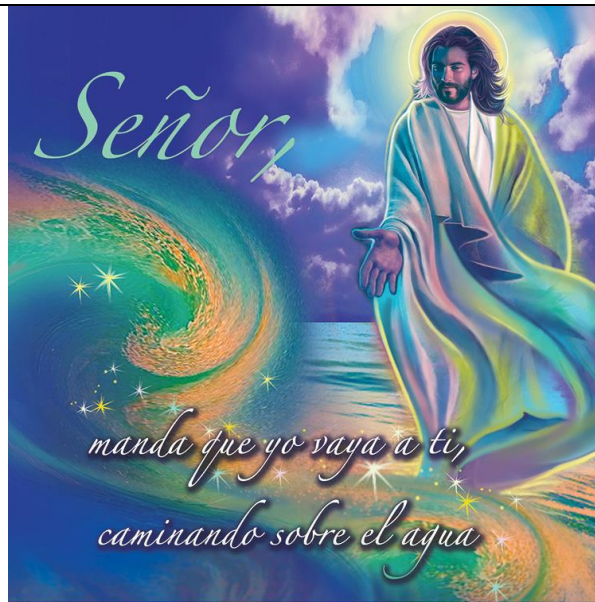
*Confío en el Señor, mi alma espera y confía en su palabra.*

Como Pedro, también a menudo caminamos con confianza a través de las aguas de la vida. Sin embargo, tan pronto como los vientos den problemas y se levanten contra nosotros; las olas de adversidad comienzan a bofetearnos, perdemos nuestro valor y comenzamos a hundirnos. Señor, cuando nuestra fe flaqueé, como ocurre a menudo, déjanos escuchar tu voz suave diciéndonos, "¡Ten valor! No tengas miedo."

¿Dónde se encuentra el Señor en nuestra vida? Las lecturas de hoy señalan dos lugares sorprendentes: el silencio y la tormenta.

La primera lectura es una famosa escena de la vida del profeta Elías en el Antiguo Testamento. Elías había emergido como ganador de un concurso religioso muy dramático. Un culto pagano que se estaba propagando en todo Israel, era patrocinado por la reina Jezabel. Elías, uno de los profetas del Antiguo Testamento de Dios, reto a los sacerdotes paganos de este culto a una especie de duelo, como la película clásica "High Noon (Mediodía)". Fue un solo hombre contra muchos. Aquí, estaba Elías contra cientos de sacerdotes paganos. La prueba en este duelo fue la de ver cuál de estos dioses podrían enviar fuego del cielo para encender una ofrenda en el altar. Por supuesto, Elías gana. La gente comenzó a regresar al verdadero Dios, pero no la reina Jezabel. Al contrario, ella se enfureció y envió a sus soldados para que atraparan a Elías y lo mataran. Este es el escenario de la primera lectura de hoy.

Elías va en camino a la montaña sagrada de Horeb para esperar al Señor que viene a encontrarlo. Busca un signo de la presencia de Dios en el viento, en el terremoto, en el fuego (todas las manifestaciones de Dios que Moisés experimento en esa misma montaña), pero Dios no estaba en ninguno de esos lugares. Más bien estaba en el aire que lo rodeaba. A menudo tendemos buscar la presencia de Dios en lo extraordinario y lo excepcional. Por supuesto, que no hay nada malo en ver a Dios trabajar en lo extraordinario y lo excepcional. El problema es que pensamos que Dios solo se encuentra en lo extraordinario y lo excepcional y no en lo ordinario, lo cotidiano, o la rutina. Los milagros, curaciones y visiones han sido parte de la vida de la Iglesia desde el principio. Están diseñados para llamar nuestra atención y no para limitar la presencia de Dios sólo



a estos acontecimientos extraordinarios. Se nos da como recordatorio diario de la continua y perdurable presencia de Dios.

No sólo hay silencio: también hay tormenta. La lectura del Evangelio no es sólo de una tormenta en el lago, sino las tormentas de la vida. Puede que tú y yo no seamos atrapados en una tormenta en el mar, pero si estamos todos atrapados en las tormentas de la vida, a veces esas tormentas tienen que ver con los niños, matrimonio, finanzas, salud, problemas emocionales, trabajo u otras personas. Cuando llegan estas

tormentas nuestro instinto es el de pensar que Dios nos ha abandonado. Este Evangelio nos enseña que el Señor está con nosotros, incluso en las tormentas. A través de los sacramentos, a través de la iglesia, a través de nuestro tiempo en oración, el Señor nos dice, "Conténganse. Soy Yo. No tengan miedo."

Lamentablemente, la tormenta es cuando muchas personas se separan de la oración, de la iglesia, de compañeros cristianos y tratan de hacerlo solos. Sin embargo, estos son precisamente los tiempos cuando tenemos que llegar al Señor y ser más constantes en la oración, reunirnos con más frecuencia con compañeros cristianos y vivir aún más fielmente el Evangelio. A menudo, nos centramos sólo en una tormenta y el tamaño de las olas, no en Jesús. Nos vemos sólo a sí mismos, y no en el Señor, para luego terminar hundiéndonos. Pero Jesús está ahí, a través de la vida de la Iglesia, llega a nosotros en la tormenta. Hay dos lugares donde cada uno de nosotros puede encontrar a Cristo, en el silencio y en la tormenta. Cristo está en ambos.

